

Comunicación y política: márgenes, pliegues y desplazamientos Entrevista con Raymundo Mier

Jerónimo Repoll
Universidad Autónoma Metropolitana, Xochimilco

Versión cumple veinticinco años y es la coartada perfecta para dialogar con Raymundo Mier y reflexionar en torno a los desplazamientos en el campo de estudio de la Comunicación, su articulación con la política y los desafíos que se alcanzan a vislumbrar. Con este propósito, procuramos conectar esta entrevista con la conversación que mantuvieron Margarita Zirez, Mabel Piccini y Raymundo Mier con Néstor García Canclini y que se presenta en el primer número de *Versión*. En aquella conversación es notoria la preocupación sobre la insularidad de las disciplinas en el ámbito de las ciencias sociales y las humanidades, repartiéndose y protegiendo al mismo tiempo los objetos de estudio. Y, en este marco de crisis disciplinar, la Comunicación como una recién llegada a ese reparto de los objetos de estudio. Veinticinco años después, ¿el campo de estudio de la significación sigue teniendo el mismo grado de incertidumbre o se ha desplazado hacia algún lugar?

Raymundo Mier (RM): Casi mi convicción es que se ha ido ahondando una alternativa dual en las ciencias sociales. Esto ya lo había formulado Roland Barthes mucho antes y de una manera muy clara. Él había dicho con respecto a las ciencias del lenguaje, en particular, que estaban sometidas a una doble tensión. Por un lado, una especie de repliegue sobre sí mismas, con una necesidad de formalización y conceptualización mucho más rígida, en una búsqueda de rigor que se equiparara a las ciencias experimentales, “duras”. Y, por otro lado, una especie de desdibujamiento expansivo de las disciplinas del lenguaje en la medida en que el lenguaje participaba prácticamente de todas las facetas de la experiencia humana. Difícilmente podemos pensar sin lenguaje a la política, a los vínculos sociales, a las interacciones, a las formas particulares de organización institucional, etcétera. Es decir, se está plasmando de una manera muy evidente, pero al mismo tiempo disciplinariamente de una manera muy abierta y compleja. Esta idea de Saussure de que el lenguaje era una institución pero también algo más que una institución, porque era la institución que fundamentaba todas las instituciones, esta especie de pliegue institucional que constituye el lenguaje. En esa medida, prácticamente todas las dimensiones analíticas, todas las tentativas de comprensión de cualquier faceta de lo social van a topár con el lenguaje. Y van a tratar de incorporar algunos elementos de la reflexión sobre el lenguaje o proponer nuevos elementos para la reflexión sobre el lenguaje. Por otra parte, la idea de que la lingüística efectivamente tiene un carácter muy específico y que estudiar el lenguaje no se parece a ninguna otra cosa. Es decir, tiene características muy específicas que le dan el sentido de un objeto nítidamente disciplinario.

Esta doble tensión, que Roland Barthes advertía ya en los años setenta, me parece que se ahondado. La lingüística, por una parte, ha recrudecido sus expectativas y sus trabajos conceptuales disciplinarios hasta tal punto que prácticamente se ha separado de todo lo demás sin por eso crecer en su posibilidad de consolidarse como una disciplina formalmente establecida. Es una tentativa paradójica: entre más se ha separado y tratado de consolidarse conceptualmente hacia adentro más también ha sufrido una suerte de estallamiento interno y ha perdido capacidad de integración de sus perspectivas. Y, por otro lado, ya es difícil hablar de una ciencia del lenguaje. La semiótica y la lingüística se han ido fusionando con las disciplinas antropológicas, históricas, las perspectivas sociológicas, los acercamientos filosóficos, etcétera, y difícilmente podemos encontrar una especificidad de la reflexión sobre la significación en este vastísimo panorama de entrecruzamientos.

Jerónimo Repoll (JR): En ese momento una de las discusiones fuertes estaba en torno a la lógica ínter o transdisciplinar, asumiendo que esta taxonomía disciplinaria respondía, más que a interpelar una realidad o unos pro-

cesos de significación nítidamente discernibles, a una decisión política, institucional, presupuestal, de organizar la producción de conocimiento. ¿Podemos decir que la perspectiva transdisciplinar se ha impuesto o todavía la mirada disciplinar logra explicar ciertos fenómenos, ciertos objetos de conocimiento?

RM: Yo creo que la perspectiva transdisciplinaria ha enfrentado presiones de muy diversa índole. Desde las instituciones de educación y de investigación hasta comerciales, como las presiones editoriales, y una serie de transformaciones drásticas de lo que ha sido la transmisión del conocimiento en los últimos 30 años. Todas esas son presiones adicionales que de alguna manera han contribuido a agudizar cierto tipo de inconsistencias internas en todo el problema transdisciplinario. Y esto ha llevado, me parece, a una especie de panorama muy inquietante en nuestras disciplinas, en particular en las disciplinas de la significación. Y esto que se ejemplifica muy nítidamente con la confrontación entre las visiones rigurosamente disciplinarias, o con pretensiones de serlo, de la antropología, y esta especie de ámbito extraño que es *cultural studies*. En este choque que se ha dado en los últimos años se ejemplifica uno de los riesgos de la transdisciplina, convertirse en una suerte de cajón de sastre donde la vaguedad conceptual y la posibilidad de fusionar todo con todo, de la indiferencia de los discursos secundarios, como lo decía George Steiner. Prácticamente ya no hay ningún criterio de validación, se puede mezclar cualquier cosa porque hay una suerte de momento previo de disolución de la exigencia de rigor conceptual.

JR: Es en este terreno que la revista *Versión* emerge como un espacio preocupado por la articulación entre comunicación y política. ¿Cómo en este contexto podemos encontrar cierta estabilidad en una mirada que aborde de manera compleja los problemas de la comunicación y la política?

RM: Hay un punto de partida aparentemente inequívoco y que puede formularse de una manera muy simple: la idea de que, en realidad, cuando hablamos de política necesariamente involucramos de manera constitutiva la dimensión de la significación. Es decir, no hay manera de pensar la política al margen de la significación. Esto que se ha vuelto un lugar común y de evidencia más o menos reconocida y reconocible por todo mundo, una vez que empiezas a tratar de ahondar en las consecuencias de este planteamiento el tema se vuelve intrincado, un entrelazamiento de facetas, factores, universos conceptuales, referencias empíricas, procesos sociales que se van fusionando, que vuelve a estallar la definición. Una definición que parecía muy clara, simple, bien acotada, restringida, de repente, al adentrarse uno ahí, se revela como un *iceberg*: la punta está muy clara y hacia adentro es una cosa desbordante.

La otra faceta ha sido que en este trayecto, en lugar de irse depurando las perspectivas se han ido haciendo progresivamente más complejas en la medida en que cierto tipo de dimensiones que aparecían antes como marginales, me refiero particularmente a la estética, que aparecían como periféricas, de repente se revela como uno de los hilos más relevantes para comprender una serie de facetas fundamentales del ejercicio político. Y así como hablo de esto, en los últimos veinte años aparecieron [sic] todo un conjunto de otras perspectivas, como por ejemplo la de lo imaginario, que ha dado lugar a tanta reflexión y a tanta confusión, hay que advertirlo, un concepto que por su fertilidad abre a tal cantidad de dimensiones analíticas, a nuevos conceptos y nuevos problemas que se vuelve a desdibujar. Y también es difícil pensar que en la dimensión de lo político no participa de una manera constitutiva la dimensión imaginaria. Lo único malo es que ya empezamos a movernos en este ámbito de los conceptos vagos, inciertos y potencialmente maleables que se prestan para cualquier cosa. Pero que, cuando aparecen, revelan factores que no habían aparecido de una manera tan clara.

Y otro tema que se ha derivado del ineludible movimiento expansivo de la significación es el de la subjetividad que durante mucho tiempo se mantuvo a raya, también en la periferia de la reflexión, hasta que por las nuevas condiciones de los problemas comunicativos, de los nuevos acercamientos a lo político, necesariamente hay que darle una entrada. Ahí aparece toda esta integración de los interrogantes de la subjetividad al problema de la significación, de la comunicación y de lo político. Pero, además, creación de subjetividades, de acción de significación. Durante mucho tiempo, cuando menos mientras priva la perspectiva estructuralista, de ordenamientos estables de la significación, el tema de la creación también se mantiene como al acecho, larvado, pero de repente, con el tema del imaginario, con la dimensión de la estética, nuevas formas de ejercicio del poder, toda esta dimensión de temporalidad, de procesualidad que se hace ingresar en la perspectiva otra vez crea otra dimensión adicional de una especie de transformación.

Por otro lado, la propia transformación de los procesos sociales ha sido brutal. Hemos atestiguado en los últimos treinta años una transformación de lo que denominábamos esfera simbólica, con mucha serenidad y sin saber muy bien de qué estábamos hablando. Pero nos daba mucha tranquilidad decir que esto es una especie de ámbito de lo simbólico, que está más o menos acotado. Después de todas las revoluciones de la información, de la invasión de la telefonía a los ámbitos más recónditos de la vida íntima, de este dislocamiento radical de lo público y lo privado traído por las redes sociales, de estas modalidades de intervención política de lo viral, etcétera, se ha transformado el panorama de manera radicalmente desigual. Mientras un sector social ha entrado plenamente en esta dinámica, hay otro sector muy amplio de la so-

ciudad que permanece en una especie de cono de sombra y solamente recibe olas de resonancia. Y esa posición a remolque en la estela de la revolución informática genera también procesos que antes no teníamos una idea muy clara. Por ejemplo, zonas indígenas donde tenemos intervención de Sky, televisión por cable o satelital y que son sometidas a una depredación económica, social, política, etcétera, y, al mismo tiempo, esta esfera de significaciones sobre las que no se tiene ningún control y que de alguna manera van incorporando dimensiones de la significación completamente inabordables.

JR: En este ir a remolque del vértigo y la aceleración de la mutación cultural a la que estamos asistiendo sin poder controlarla, sin poder comprender qué está pasando, más allá de algunos efectos, emerge la tensión, una vez más, entre lo que podemos pensar y la incidencia de lo que estamos haciendo, el para qué estamos investigando o tratando de comprender lo que está pasando.

RM: Eso también se ha enrarecido terriblemente, precisamente, por estos mismos procesos. Es decir, antes, y me refiero por ejemplo a cuando nosotros publicábamos *Comunicación y Cultura*, en 1979, 1980, en realidad había revistas muy claras, orientadas problemáticamente en términos conceptuales y políticos, sabía uno qué leer, a qué recurrir, tenía uno una especie de panorama de los distintos acercamientos, de los focos de creación intelectual, ciertos tipos de criterios de actualidad sobre los discursos, cuáles eran relevantes y cuáles irrelevantes, cuáles eran dignos de ser tomados como base de una reflexión mayor o, si tu quieres, de una plataforma de acción política, etcétera. A partir de toda la oferta de Internet, debe haber unas cien mil revistas en línea, porque además cada quien puede hacer su propia revista y subirla, el panorama se ha vuelto de tal manera agobiante y ruidoso que es muy difícil encontrar una ruta de reflexión clara, una referencia con cierto grado de fundamentación, de solidez analítica, etcétera. Uno está a merced de esta esfera expansiva sin que uno siquiera pueda fijar los linderos de esto. Yo creo que cada día aparecen cientos de revistas y páginas nuevas. Es una saturación ruidosa, porque no hay manera de establecer un criterio certero, más o menos confiable, que le permita a uno lidiar con esta tempestad de información, y esto junto con una saturación similar en el ámbito de lo político, de las noticias. Ya todo es noticia, desde si yo desayuno unos huevos estrellados. La noción de noticia, de relevancia informativa, de objetividad informativa, que fue un largo debate de tantos años del periodismo crítico, la exigencia ética de un periodismo de relevancia política, etcétera, se ha desdibujado completamente. Y esta especie de nueva exuberancia desahogada de la sociedad del espectáculo: todo es espectáculo. El crimen más infame y repugnante es espectáculo. Si estoy yo en una fiesta con amigos, si voy caminando por la calle, mi intimidad

es parte de la sociedad del espectáculo. Todo esto hace que nuestra propia palabra como estudiosos entre en un régimen también de profunda indiferencia. Da lo mismo quien habla. Alguien que acaba de abrir un libro por primera vez o yo que llevo no sé cuantos años pensando sobre esto. Incluso puede ser mucho más relevante, dado los circuitos de circulación de la información, una visión trivial, reducida, ideológicamente sesgada o deliberadamente tergiversada que el trabajo de un especialista que ha dedicado su vida a esto.

JR: Ahora, si bien hace treinta años estaba en boga esta lógica “posmoderna”, como decía Mabel Piccini en el artículo del número 1 de *Versión*, y también ya se vislumbraba con angustia e incertidumbre este desdibujamiento, todavía había ciertos temas de agenda y ciertas referencias en torno a las que discutir, ciertas referencias comunes. Hoy, en cambio, no parece haber una agenda común, una jerarquización clara de los problemas en torno a los cuales concentrarnos, y eso genera un impacto significativo sobre la forma de construir conocimiento. Nadie lee ni discute a nadie.

RM: Y la otra es una especie de ataque interno que ha sufrido el mundo académico. Ataque de desautorización de su propia voz que ha surgido de vías estratégicas, en el sentido estratégico del que habla Foucault. Es decir, estas estrategias que surgen sin que sean estrictamente deliberadas. Por ejemplo, el tema del financiamiento. Lo que se advierte es que el trabajo académico depende cada vez más del financiamiento, que es cada vez más escaso. Tenemos un movimiento contradictorio que, de alguna manera, al estrangular la reflexión y el trabajo intelectual generan una especie de confrontación interna entre nosotros y una lógica de competencia degradante, no competencia constructiva. Este fenómeno está todavía más envenenado por los temas de prestigio, moda y creación de segmentos privilegiados. Sectores de profesores e investigadores privilegiados no porque sean necesariamente más competentes sino por mecanismos institucionales o financieros. Y autores que se ponen de moda mucho más como un efecto editorial que por una discusión seria, sostenida, validada en términos de su posibilidad de generar visiones nuevas.

JR: En esa lógica de las modas, haciendo una lectura de los veinticinco años de *Versión*, parece que lo que tiene fecha del año pasado ya ha caducado. El criterio que prima es el de la actualidad editorial y no el de la propuesta intelectual.

RM: Claro, en estas metodologías de elaboración de proyecto y planes de estudio, el criterio es ese. Todos los libros que fueron producidos antes de tal fecha son automáticamente descartados. Es un criterio verdaderamente insostenible, y mucho más en nuestras disci-

plinas. De repente, para mi trabajo, yo tengo que volver a Aristóteles, que publicó nada más que hace veintiséis siglos. Entonces, perdón, no puedo trabajar el tema de la tragedia sin la referencia a la poética de Aristóteles. Y así nos pasa a muchos de nosotros. Me atrevería a decir que a la gran mayoría. Con mayor o menor amplitud, nuestra referencia retrospectiva, de textos fundamentales que constituyen la base de nuestra reflexión no tienen linderos. Y se llegan a situaciones aberrantes, donde pueden descalificar un proyecto de estudios porque no tienen bibliografía actualizada. Es una experiencia real, no la estoy inventando. Y la lucha, entonces, es mucho más ardua porque ya tiene facetas institucionales muy oscuras, de intervención en los procesos pedagógicos, en los lineamientos de investigación, en las formas de financiamiento, en la vida cotidiana de los profesores o de los investigadores, que están obligados a incorporar los libros que acaban de salir en el 2015, privilegiadamente, y hacer de ellos el eje de la discusión.

JR: También hay, para enfocar la conversación en *Versión* y en la UAM, un diálogo cierto con la literatura y las problemáticas francesas que no suele haber, con algunas salvedades, en el resto de publicaciones de comunicación en América Latina. ¿Cómo esto fue constituyendo, en el marco de las desbordantes publicaciones periódicas, un elemento distintivo de *Versión*?

RM: En México, la dimensión nacionalista equilibró un poco esta especie de vuelco, de veneración y de que girara toda nuestra reflexión en este diálogo con Europa y, particularmente, con Francia. Pero, de alguna manera, en el sector académico permaneció esta especie de permanente mirar hacia Francia. Mucho más que hacia Alemania o Inglaterra. Después, la intervención del modelo norteamericano introdujo también un sesgo más tardío, sobre todo en el espacio de la comunicación, que aquí sufrieron muchas escuelas de comunicación. Nosotros creamos una especie de pensamiento alternativo frente a esta corriente dominante de la sociología de la comunicación norteamericana que, de alguna manera, se instaló como una de las referencias fundamentales para el estudio de la Comunicación. Estudiar la Comunicación era estudiarla desde el punto de vista del modelo anglosajón. Nosotros resistimos, precisamente, por esta especie de apego a estos autores, a estas perspectivas, fortalecida por la presencia aquí de un grupo muy relevante de intelectuales argentinos, que de alguna manera consolidaron o le dieron esta posibilidad de consolidarse a un planteamiento resistente, alternativo, pero fundamentalmente sostenido por las perspectivas de Francia.

JR: Y que encuentra en la UAM, y particularmente en *Versión*, un espacio donde se acentúa la preocupación por el lenguaje y la tradición del análisis del discurso.

RM: Claramente francesa. Y eso tiene que ver también con la transformación del espacio disciplinario. Es decir, este *boom* de la lingüística y de las teorías de la significación tiene un foco privilegiado en París. Y la esfera latinoamericana se ve impactada por esta efervescencia de la nueva visión semiótico-discursiva que florece y revoluciona todas las perspectivas en ese momento. Entonces, si nosotros queríamos dar una alternativa frente al modelo norteamericano, que además, para nosotros, venía cargado de todo un conjunto de connotaciones políticas (imperialismo, dominación ideológica), la manera de resistir a eso era con estas nuevas perspectivas de las disciplinas de la significación que tenían su foco en París.

JR: Disciplinas fuertemente politizadas.

RM: Yo creo que también ahí América Latina está exigida a una toma de posición política muy compleja. Desde los años cuarenta, que se abre esta tensión cultural y política muy honda en la posguerra, pero que en los años sesenta, con el recrudescimiento de la Guerra Fría lleva a una especie de exigencia de toma de posición crítica frente a las nuevas pautas imperialistas que se están haciendo evidentes, de una manera casi brutal en América Latina, por parte del modelo norteamericano. Y entonces, una parte no insignificante del mundo académico y de los intelectuales toma claramente partido de una visión crítica marxista con todos los problemas que eso tenía. Porque, como sabemos, el marxismo no es unitario, sino que eran muy distintas perspectivas, que a veces se enfrentaban entre sí de manera más áspera que con Estados Unidos. Pero, de alguna manera, a mí me tocó en mi educación preparatoria ya un espacio intelectual profundamente politizado, exigido de una posición crítica frente a la voluntad de sometimiento del modelo norteamericano. Esto se conjuga, por eso fuimos tan curiosamente afines a esta posibilidad de fusionar perspectivas marxistas con las francesas, que también se da en Francia, de una perspectiva crítica con filiación marxista, estructural, la sociología de los campos, etcétera, y esto cobró cuerpo en las instituciones académicas en México y, sobre todo, hizo muy clara la idea de que las alternativas para la reflexión iban por esa ruta. Cuando se funda la UAM, se funda con esta expectativa crítica, innovadora, autónoma, con la intención de generar una institución académica que fuera una respuesta realmente alternativa a este movimiento avasallante de las nuevas perspectivas educativas en comunicación. Y entonces, desde el principio, se produjo la incorporación de este movimiento intelectual crítico francés que también como nosotros necesitaba trabajar en esta especie de conjugación de la perspectiva marxista con las nuevas teorías de la significación y así nos quedamos. Eso se consolidó como la perspectiva de la UAM.

JR: Sin perder de vista este anclaje histórico, esta suerte de feliz coincidencia de la problemática, el surgimiento de la universidad y el núcleo de gente que se congregó y desarrolló aquí, ¿cuáles serían los problemas que consideras pertinente atender en este marco de transformación tan acelerada a la que estamos asistiendo?

RM: Me encantaría tener mayor claridad. No la tengo. Pero siento que necesitamos establecer disciplinas de trabajo intelectual. Esta es una exigencia, porque de alguna manera todos estos procesos han erosionado la vida y los proyectos intelectuales mismos, en los que nosotros estamos desarrollando nuestro trabajo. Yo creo que un punto de referencia fundamental tiene que ver con una forma de vida propia del espacio académico, que tiene que ver con la necesidad de replantearse estas agendas como resultado de un trabajo de reflexión colectivo, pero al mismo tiempo con exigencias rigurosas de crítica conceptual. Crítica conceptual que es también una crítica metodológica. Estamos librados a esta especie de marea, de vorágine sucia, de ruido intelectual, y necesitamos despejarnos de eso.

Uno de los recursos con los que han degradado el trabajo académico es imponiéndonos una serie de ritmos, de trabajo a corto plazo, inmediatista, que de alguna manera nos precipita en una de ansiedad de transitar de un tema a otro, de un problema a otro sin ni siquiera haberlos bosquejado mínimamente. Entonces, también ahí tenemos que encontrar formas de resistir a esta implantación de ritmos, de tiempos, de plazos que están de alguna manera minando la posibilidad de una discusión seria y de un diseño reflexivo de nuestras líneas de investigación.

Otro punto central tiene que ver con esta suerte de estallamiento, turbulencia, enrarecimiento, suciedad de la sociedad del espectáculo que ha desdibujado todos los ámbitos. Hace una década todavía se hablaba de lo público, lo privado, lo íntimo. A partir de todo lo que ha pasado con la telefonía, las pantallas, la sociedad del espectáculo, asistimos a una *molecularización*, idea que me permite situar algunos procesos, por ejemplo la violencia, esta especie de penetración de formas extrañas de la violencia, en las dimensiones más íntimas, en las privadas, en las públicas, toda esta dimensión del espectáculo que también es transversal a estas discusiones y divisiones, etc. Yo creo que eso merece una atención particular porque, además, tiene la tendencia a ser absolutamente incontrolable. Los límites de los crecimientos de la telefonía son ya inimaginables. Y, con el crecimiento de la telefonía esta posibilidad invasiva de los flujos de imágenes, de información, y toda la creación de una indiferencia generalizada que me parece que forma parte de lo que permite entender el fenómeno Trump, por ejemplo.

Por supuesto, también la degradación de los procesos económicos y su relación con lo político. Lo político adquiere ahora matices muy delicados, muy sutiles, y al-

gunos muy burdos, muy bastos, muy bestiales. Por ejemplo, el tema de la desigualdad, el tema de la exclusión, que son temas estructurales pero además brutales y evidentes. No tiene ninguna sutileza.

Un concepto con el que me gusta trabajar en los últimos años es el de *formas de vida*. Aunque tiene una filiación peligrosa, viene de Wittgenstein, se enriquece con otras perspectivas. Me parece que es un instrumento para tratar de acercarse a estos procesos de transformación que han perdido escala. Que van desde escalas prácticamente llamadas *globalizadas* hasta las dimensiones más recónditas de la intimidad. Estamos en una especie de procesos que atraviesan transversalmente todas las escalas de la experiencia social y personal, subjetiva. En realidad, el concepto de *forma de vida* me permite una

especie de aprehensión sinóptica de estas transformaciones, de estas dinámicas transversales de transformación de la experiencia contemporánea.

La otra con la que yo trabajo es *regímenes expresivos*, que ya no es estrictamente hablando, *problemas del lenguaje*, sino una visión un poco más polifacética, porque la idea de *expresividad*, vista desde un punto de vista supone la intervención de la subjetividad, de las afecciones que, a su vez, permite integrarse en el concepto de *forma de vida* con estas visiones transversales. Hay que replantear cómo rehacer muchas de las perspectivas con las que trabajamos.

JR: Podríamos escribir un final para esta entrevista, pero preferimos dejar en este mapa apenas perfilado un espacio abierto para continuar la conversación.

Cómo citar este artículo:

Repoll, Jerónimo, "Comunicación y política: márgenes, pliegues y desplazamientos. Entrevista con Raymundo Mier", *Versión. Estudios de Comunicación y Política*, núm. 38, abril-octubre, pp. 97-102, en <<http://version.xoc.uam.mx/>>.